



Unidos ante el dolor

Rodolfo Suárez (42), Isaac (3) y Dolores Sigampa (41), el padrastro, el hermano menor y la mamá de Ezequiel Demonty, piden que nadie olvide a Ezequiel.

"No pedimos pena de muerte, Dios nos enseñó a dar vida"

EL CASO EZEQUIEL DEMONTY

Dolores Sigampa y Rodolfo Suárez, madre y padrastro del chico que murió tras ser arrojado al Riachuelo por una patrulla de la Policía Federal, hablaron con *GENTE*. Su historia es terrible: la mujer, a los 41 años, ya enterró a tres de sus hijos, pero se sostiene por la fe en Dios. Espera un nieto de Ezequiel, y dice: *"La de él fue una muerte absurda, perversa, inexplicable"*.

Con Dolores Sigampa, la vida se enseñó. A los 41 años, ya enterró a tres hijos. Si tres hijos despidió, y no existe pena más grande para el corazón de una mujer. Y, sin embargo, ella contesta a cada golpe con fe. A cada mazazo, con amor. A cada tentación, con dignidad. El último desgarró lleva el nombre del tercero de sus hijos, Ezequiel, cuya muerte cruel, inexplicable, sucedió el 13 de septiembre al ser arrojado al Riachuelo, junto con dos amigos, por una patrulla de policías federales al mando del principal Gastón Somohano, de la Comisaría 34. Y se prolongó en una agonía—para su familia, amigos, vecinos, todos al fin, cuando la noticia trascendió—que duró hasta que **apareció su cadáver**, flotando entre la podredumbre, ocho días después. Entonces Dolores, Doly, que podría haber dicho *"basta, hasta acá llegué"*, que podría haber maldonado y blasfemado y exigido ojo por ojo, se puso de pie—una vez más—y reclamó justicia. *"No pido pena de muerte, Dios nos enseñó a dar vida. Sólo deseo que esto siga hasta que los jueces determinen el castigo por lo que le hicieron a nuestro hijo—insiste—. No sabemos qué pasó por la mente de estos hombres, pero nosotros no queremos ni que maten a los policías ni que ellos nos maten a nosotros"*. Y sus ojos húmedos se posan en los de esta cronista.

DIGNIDAD. Hoy es sábado, y la casa humilde del Barrio Illia, en Pompeya—revoque grueso como toda pintura exterior, el living rosa—se abre para recibir a *GENTE*. Hay cierta aprensión todavía, y hasta lágrimas de orgullo herido por **un hecho que los ofendió**. *"Nos dio muchísima bronca que a Jessica (la novia de Ezequiel) le ofrecieran dinero para hablar en televisión, no entienden que no tenemos nada, pero no nos interesa especular con esta situación"*, dice Doly, y es inevitable pensar en los pocos pesos que entran a este hogar por el trabajo de Rodolfo como barrendero, y compararlo enseguida con las familias de delincuentes que piden plata para embriagarse con quince minutos de fama triste y fácil.

nos enseñó a dar vida"



La última foto de Ezequiel

El destino, que obra a su antojo, depositó otra de sus perlas en la sufrida familia. Jessica lo supieron el mismo día que apareció el cuerpo—está embarazada. “Cuando me enteré—continúa Doly—, sentí el dolor de que la historia se volviera a repetir: que mi nieto iba a crecer sin papá, igual que Ezequiel, cuyo padre murió cuando tenía dos meses”. En febrero, la pareja pensaba casarse, pero la brutalidad dejó trancos sus sueños. La chica, que tiene una excelente relación con ellos, se asustó tras el ofrecimiento de dinero de un programa de tvé. “Por más que el día de mañana Jessica tenga su pareja siempre va a ser la mamá de mi nieto—ilumina una esperanza Dolores—. Siempre va a tener un lugar acá si ella quiere. Lo único que le pedí es que nunca me aleje del bebé”.

Pero en la casa de los Demonty sobra la fe. Que no había legado, cuenta esta mujer, cuando murió su primera hija, a

los tres años, fruto de un matrimonio anterior. “En ese momento mi reacción fue totalmente diferente. Estuve seis meses encerrada en mi casa con depresión: el dolor es el mismo, lo que cambia es la actitud”, cuenta. Luego también murió su primer esposo, el padre de Ezequiel, cuando éste tenía dos meses de vida. Y más tarde conoció a Rodolfo. Pero las penas no acabarían.

Este hombre—hoy inquebrantable compañero de ruta—sufría de adicción a las drogas. Ella, una vez más, tomó la carga en sus hombros y lo llevó a un centro de rehabilitación evangélico, la Iglesia a la que pertenecen. “Después de seis meses de tratamiento pude experimentar una nueva vida y entendí que las personas pueden cambiar a través de Cristo”, cuenta hoy Rodolfo, mientras ceba unos mates. En diecisiete años de matrimonio, Doly y Fito atravesaron una suma de infortunios: a Brenda, la hija que hoy tiene quince, la atropelló un auto a los ocho años y estuvo dieciséis días en terapia intensiva. Lucas, de tan solo trece, murió en diciembre pasado luego de una larga agonía, como consecuencia de una leucemia. “Cuando perdí al segundo, acepté esa muerte, porque mi hijo estaba sufriendo mucho con las sesiones de quimioterapia. Entonces preferí el dolor de sufrir su ausencia a que sufriera él. En cambio lo de Ezequiel fue distinto: una muerte absurda, perversa, inexplicable”, dice indignada.

JUSTICIA. Mientras el dolor de los Demonty seguirá hasta el infinito, el caso policial va rumbo a una pronta resolución. Para el abogado de la familia, el doctor José María Vera, “el hecho está esclarecido con amplitud. Hay una testigo de identidad reservada que tiene 18 años y estaba con los tres chicos. Ella les mintió a los policías, les dijo que por favor no le pegaran, que estaba embarazada, y la bajaron. Ezequiel le pidió que no se fuera ‘porque me van a matar’. Entonces les dijo que se quería quedar, que estaba preocupada por él. ‘No te hagas problema, si total no lo vas a ver más’, fue la respuesta. Y no habían llegado al Riachuelo, recién habían salido de la remisería. Evidentemente existía un plan para matarlo, fue premeditado. Pero no solo es Somohano, porque un tipo solo no puede llevar a tres o cuatro. Todos los implicados tienen un grado de responsabilidad concreta en el homicidio (N. De la R.: en la causa, que lleva adelante la jueza Cristina Bértola, los otros acusados son el sargento Luis Funes—el primero en quebrarse y confesar—, el cabo Luis Gutiérrez, y los agentes Sandro Grañado y Jorge Solís; y habría sospechas sobre el sargento Jorge Sosa, el

“NO SABEMOS QUE PASO POR LA MENTE DE ESOS HOMBRES. PERO NOSOTROS NO QUEREMOS NI QUE MATEN A LOS POLICIAS NI QUE ELLOS NOS MATEN A NOSOTROS” (DOLORES, LA MAMA DE EZEQUIEL)



Jessica, la novia embarazada

cabo Andrés Wright y el agente Santiago Ritrovatto, quienes niegan su participación en el hecho). Hay varios que **declararon imputando a Somohano**, que era el que llevaba la voz cantante, sosteniendo que ellos no tienen nada que ver. Es clásico de los delincuentes...”.

Hay pocas fotos de Ezequiel en la casa. Su familia lo recuerda como un chico tímido, reservado y tranquilo, poco afecto a retratarse. Era sordo de un oído y eso lo aislaba un poco de los demás, dicen, pero igual tenía una excelente relación con sus hermanos: “Éramos muy compañeros. A él le gustaba mucho tocar la guitarra, canciones de la Iglesia y otras de León Gieco, y de noche nos quedábamos en la pieza escuchándolo”, recuerdan Leonardo (20) y Emmanuel (16), dos de sus seis hermanos. Hinchaba rabioso de Nueva Chicago, la pared de su cuarto tiene un escudo verde y negro pintado por él, testimonio de otras pasiones.

El domingo, a las 7 de la tarde, Dolores y Rodolfo estuvieron, como siempre, en el templo del Centro Cristiano para las Naciones, en Mataderos. Con la voz quebrada, el padrastro de Ezequiel leyó: “El amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser”.

Esta familia, en medio del peor dolor, siguió dando ejemplo.

Una vida después de la muerte

En febrero de este año Ezequiel bailó junto a su prima Romina, en su fiesta de quince. Una de sus últimas fotos (izquierda, arriba). El doctor José Vera, abogado defensor de la familia: “El hecho está esclarecido con amplitud” (izquierda, abajo). Jessica, su novia, muestra un dibujo de Ezequiel. Espera un hijo de él (arriba).

por Cynthia De Simone

Fotos: Diego García y Maximiliano Vernazza



La lucha de Georgina “Queremos vivir en paz”

“Me van a ver acá parada todos los últimos viernes de cada mes. Desde hoy y hasta el último día de mi vida”. En los ojos de Georgina Babarossa (foto, en la marcha del viernes 27) hay un destello, mitad dolor, mitad decisión. Está parada en la Plaza de Mayo y la acompañan unas cien personas, con pancartas y fotos de familiares muertos en episodios de violencia, todas personas convocadas por la Asociación Víctimas de la Delincuencia que preside Mirta Pérez, la mamá de Santiaguito, asesinado durante un robo. “Aquí tendría que haber muchos más argentinos. Esta plaza debería estar colmada porque a quien no le pasó aún le puede pasar y sólo podremos detener esta locura de sangre y de muerte si nos juntamos todos”, dijo la actriz, quien perdió a su esposo cuando intentaron asaltarlo a bordo de un taxi. “Quisiera que en la próxima reunión estuvieran aquí los responsables de nuestra seguridad, los legisladores, los ministros, todos los que parecen sordos a nuestros reclamos. Queremos justicia, queremos seguridad, queremos vivir en paz y volver a la Argentina en la que no nos daba miedo que nuestros hijos jugaran en la calle”. Junto a los padres de Diego Peralta (el joven de El Jagüel, secuestrado y asesinado), Georgina cantó el Himno y luego finalizó diciendo: “Ni siquiera estoy hablando de política. Sólo digo basta de violencia, basta de inseguridad. Mis hijos no van a volver a estar con su padre, y yo no voy a volver a estar con el Vasco. Para que eso no le suceda más a nadie tenemos que juntar las voces. Para eso convertí mi dolor en mi lucha”.

por Alejandro Seselevsky

Foto: Alejandro Carra



El abogado